

SIN VALOR
AÑADIDO

El relevo que la izquierda abertzale se ha dado a sí misma para dejar atrás el «ciclo de la violencia» podría conceder el próximo domingo a Amaiur un éxito electoral semejante al que Bildu obtuvo en los comicios del pasado 22 de mayo. Pero a medida que se adentre en el territorio institucional no le resultará tan fácil continuar evocando los cincuenta años de lucha, incluida la armada, que desearía poner en una mesa de negociaciones para completar con argumentos fácticos la representatividad que obtenga en las urnas. A la izquierda abertzale se le va acabando el doble juego al que aún no se decide a renunciar, y que esta ETA de comunicados y entrevistas intenta preservar como su último legado.

Puede que muchos de los votos que está cosechando le sean concedidos a cambio de la paz. Pero el trueque comienza y acaba dentro de los límites que señala ese electorado. Una vez anunciado el cese definitivo de la actividad terrorista, y aunque la banda y los muñidores de la Conferencia de Aiete desplieguen la «agenda» mencionada en la entrevista emulando unilateralmente el proceso irlandés, la única manera que la izquierda abertzale tendría para sumar a sus escaños el valor añadido de haber propiciado el cese definitivo de la violencia sería volver sobre sus pasos para sugerir que la paz no es aún un logro irreversible.

Quedarán rescoldos del doble juego, como cuando los dos portavoces de ETA entrevistados aseguran que la banda está autorizada para representar a los presos y exiliados en la negociación que pretende sobre las «consecuencias del conflicto», al tiempo que advierten del protagonismo que correspondería a ambos colectivos en el

proceso. Es de suponer que para contrarrestar la fuerza moral de las víctimas de su terrorismo. Pero el valor añadido que la izquierda abertzale trata de reivindicar para sí sin precisar en qué consiste no es ya de una magnitud mayor que el valor añadido que aportan cada una de las demás formaciones que concurren a las elecciones del próximo domingo. El convencimiento del que hacen gala los herederos de Batasuna de representar una fuerza imposible de medir en votos, de ser mucho más que una formación política al uso, refleja las coordenadas predemocráticas en las que se mueve su subcultura.

Si la «fuerza autodeterminada» que se citó ayer en Anoeta continúa enredándose con el doble juego –bien porque cree que así incrementa su peso o porque no tiene más remedio que referirse al final de la «confrontación armada» para mantener la unanimidad– proyectará la imagen de ser cualquier cosa menos autodeterminada. Los objetivos de «una paz justa y una democracia real» corresponden al lenguaje con el que los responsables de la izquierda abertzale se dirigen a los suyos, intraducible en términos políticos. La obsesión por realzar su pretendido valor añadido se convierte en el lastre de una opción que así se sitúa a distancia de las demás, pero en ningún caso por encima.

Negándose a homologar su lenguaje y sus valores a los del resto del abanico partidario la izquierda abertzale no solo se dejará su pretendido valor añadido por el camino, sino que tampoco hará valer el peso que le corresponde en la sociedad vasca. Todo porque no acaba de asumir que representará únicamente el porcentaje de votos que señale el escrutinio electoral, ni menos ni más.